

SENTIR Y SENTIDO DE UNA AUSENCIA: JUAN DE LA CRUZ Y EL HOMBRE DE HOY

MARIA DEL SAGRARIO ROLLAN ROLLAN

DOCTORA EN PSICOLOGIA
PROFESORA INVITADA DEL CET

INSTANTANEA

*“¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras de ti clamando, y eras ido”.*

Detrás de esta queja podemos imaginar sin dificultad al joven fray Juan en la cárcel de Toledo, hecho un guiñapo, poblando el silencio de versos y repitiéndolos en la soledad del encerramiento para no enloquecer... El testimonio había sido confidencia hecha a una monja: *“Díjome que con estas canciones se entretenía y las guardaba en la memoria para escribirlas”.*

De antes, de mucho antes, no hay testimonios ni confidencias, pero ¿quién sabe? Tal vez estas canciones habían germinado ya en el corazón del niño Juan, absorto en una explosión de luz y pájaros por las llanuras de Fontiveros a Medina, como presentimiento intenso de sublime Belleza...⁽¹⁾

(1) P. CRISOGONO, *Vida de San Juan de la Cruz*, EDE, Madrid 1986.

No voy a contar aquí la vida de Juan de la Cruz, por otra parte tampoco él nos dice gran cosa de sí mismo, más bien se arropa en el silencio: “*Mi secreto, para mí*”⁽²⁾; ni siquiera nos habla mucho de Dios, sino que nos exhorta, nos invita a adentrarnos en El, misteriosa aventura nocturna. Como Jesús cuando invitó a aquellos discípulos: “*Venid y veréis*”. Caminemos, pues...

MISTERIOSO CAMINO

Para seguir la pista de aquello que Juan de la Cruz nos habla es importante tener presente todo el tiempo la metáfora del camino, andadura, viaje, pues ella define y determina la aventura mística como **movimiento**, devenir constante, incesante transformación. En efecto la noche es “*tránsito que hace el alma a la unión de Dios*”⁽³⁾. Y en este tránsito le sucede al alma como al caminante, “*que, para ir a nuevas tierras no sabidas, va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados*”⁽⁴⁾.

Un primer movimiento desencadena todo el proceso, este movimiento es la **salida** que inaugura los dos poemas principales de Juan de la Cruz, **Noche** y **Cántico** respectivamente:.

*“En una noche oscura,
con asias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada”.*

*“¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras tí clamando, y eras ido”.*

Se trata de una salida rotunda, la utilización del pretérito, **salí**, acentúa toda la fuerza de la salida como ruptura y nos introduce de inmediato, sin preámbulos, en el clima místico, un clima que es absolutamente otro y nuevo... ¡Dejémonos envolver por su extrañeza! Un poderoso impulso poético nos

(2) *Dichos de luz y amor* 77.

(3) *Subida al Monte Carmelo* 1; 2, 1.

(4) *Noche Oscura* 2; 16, 8.

abre al misterio, dejándonos barruntar ya algo inefable. Pero la vida mística tiene también su prosa, lenta y difícil, como todo lo que madura en el silencio. Desde la prosa nos explica Juan de la Cruz, como buen pedagogo, el significado de la salida:

“Y es de saber que este salir se entiende de dos maneras: la una saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por desprecio y aborrecimiento dellas; la otra, saliendo de sí misma por olvido y descuido de sí... en amor de Dios; el cual de tal manera levanta al alma, que la hace salir de sí” (5).

Tres cosas hemos de retener de la salida:

En primer lugar la referencia al mundo —salir de todas las cosas—, que hace alusión a un estado de dispersión, del cual vendría el místico a recogerse y concentrarse, en otra canción lo dice así:

*“Olvido de lo criado,
memoria del Criador.
Atención a lo interior
y estarse amando al Amado”*.

En segundo lugar hay que subrayar el olvido de sí, la desapropiación de una cierta interioridad mistificada en la que aquel que voluntariamente se aparta del mundo vendría a refugiarse. Pero el clima místico no tiene nada que ver con el ensueño romántico.

En último término vemos que el movimiento de salida es arrancada, y Dios mismo es el agente que levanta al alma en amor y por amor fuera de sí y trascendiendo las cosas. Este fuera de sí, este enajenamiento amoroso es, en definitiva, el **éxtasis**.

Ciertamente Dios es el agente principal de esta salida y de todo el proceso místico. Pero no sirve precipitarse, porque si en Dios vivimos, nos movemos y existimos, como dice el apóstol, para el hombre, sin embargo, la gracia tiene lugar en el tiempo. El tiempo mismo, en su lento abrirse y madurar es, por excelencia, medio de transformación y purificación para el hombre, de aquí la virtud de la paciencia. El místico, por supuesto, no se ve en modo alguno eximido de las leyes del tiempo humano; muy al contrario, vive dramáticamente la pesantez de este tiempo, contrastada con un vislumbrar la **presencia**, que

(5) *Cántico Espiritual* 1, 20.

lo redime y lo plenifica. Por eso el tiempo del místico lo podemos calificar, desde esta ladera, como un **tiempo de ausencia**, análogo en la intensidad de afecto al tiempo del enamorado.

Así el **sentir de ausencia** es móvil y arrastre, peso que funda la salida, el éxtasis místico, tal y como aparece en el comienzo de **Cántico**: *“el alma enamorada... propone sus ansias de amor querellándose a El de la ausencia”*⁽⁶⁾.

SENTIR DE AUSENCIA

“Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios suele ser tan grande en los que van llegándose a la perfección... porque como por resquicios se les muestra un inmenso bien y no se les concede, así es inefable la pena y el tormento”⁽⁷⁾.

En **Cántico** la ausencia aparece como herida causada por la impronta o huella de quien ha estado como presencia amante, rastro de encendido desear:

“Este sentimiento tan grande acaece así en el alma por cuanto en aquella herida de amor que hace Dios en ella levántase la voluntad del alma con súbita presteza a la posesión de el Amado que sintió estar cerca... y con esa misma presteza siente la ausencia y el gemido juntamente”⁽⁸⁾.

Además este sentir de ausencia se extiende a todas las criaturas, hay una especie de solidaridad cósmica, en la que la creación entera se diría que gime, como en S. Pablo, con los dolores del alumbramiento. El gemir del alma, invocando a las criaturas, polariza todo el ansia silente que hay en la creación:

*“¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado”!*

En la belleza de la creación el alma⁽⁹⁾ adivina la presencia de amor, pero al mismo tiempo esa belleza reaviva como eco doliente la herida de ausen-

(6) *Cántico* 1, 2.

(7) *Cántico* 1, 20.

(8) *Cántico* 1, 19.

(9) En general entendemos por *alma* el sujeto místico en toda su vitalidad existencial. No se trata de un concepto filosófico-teológico, sino de respetar la misma expresión del autor místico.

cia. Los rastros y reflejos que vierten las criaturas no son más que voceros, heraldos que en su pobre balbucir retardan la presencia plena:

*“¡Ay quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy ya más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero”.*

Y es que el alma de veras enamorada clama por mucho más:

“Yo a ti todo quiero, y ellos no me saben ni pueden decir a ti todo” ⁽¹⁰⁾.

Al leer estos versos de *Cántico* y los comentarios que hace el propio Juan de la Cruz, nos parece contemplar un vuelo subidísimo de un alma rauda y desprendida lejos del común de los mortales. Ciertamente impresiona pues el místico profundo y el delicado poeta se unen para expresar algo que se nos escapa, ciegos como nos vamos tornando, en el transcurrir cotidiano, para tan altas vislumbres...

Dormimos en la noche profunda, y el centinela que ha velado nos sacude e incomoda nuestro sopor con el canto matutino de la luz. Nosotros tal vez preferimos seguir durmiendo, pero nuestro sueño se ve inquietado por pesadillas. Quizá el vuelo de *Cántico* nos sobrepasa, porque la torpeza de nuestro corazón cansado ha anestesiado la sensibilidad para el sentir de ausencia como herida de amor. Más bien constatamos en nuestro mundo otras heridas de injusticia, de pobreza, de soledad, de marginación... Y el sentimiento de vacío y la desesperanza nos invaden; no podemos ocultar que la angustia, latente o manifiesta, es nuestra heredad, el legado del hombre del segundo milenio, que franquea con terror los umbrales del futuro... Como si el ser hubiera retirado de nosotros su rostro ¿Cuántas veces desde la entraña inerme de nuestra fe violentada no hemos gritado: adónde te escondiste? ¿Cuántas veces la oscuridad de la noche no ha planeado sobre nuestras frentes, en la impresión tremenda de que Dios nos abandona? ¿Quién no ha temblado en la soledad infinita de lo creado, en el absurdo y sinrazón que acompañan este rechazo?.

También Juan de la Cruz había apurado hasta las heces este cáliz de náusea. Juan de la Cruz es profundamente actual y moderno porque ha atra-

(10) *Cántico* 6, 7.

vesado lúcidamente la conciencia de culpabilidad y finitud que hoy nos acosa. No es un hombre ingenuo; es tan actual como Job y tan viejo como él. Es la conciencia finita del hombre herida por el Absoluto, y es la ausencia de un corazón despertado ya extramuros del Paraíso.

Por eso si hemos intentado seguir el alto vuelo de **Cántico**, osemos también ahora asomarnos a las tinieblas de la **noche oscura**. Quizás nos sorprenda oír el eco desesperado de nuestra propia queja, de nuestra angustia por aquel escondimiento, que más parece abandono de Dios:

“Es la fuerza de esta opresión y peso se siente el alma tan ajena de ser favorecida, que le parece, y así es, que aún en lo que solía hallar algún arrimo se acabó con lo demás, y que no hay quien se compadezca de ella”.

“Y el mismo desamparo siente de todas las criaturas y desprecio acerca de ellas, particularmente de los amigos”⁽¹¹⁾.

Para situarnos en la realidad experiencial de la que emerge toda la carga dramática de la **noche** conviene volver a la instantánea del principio: El joven Juan en la cárcel de Toledo, desfalleciente en su carne, pero cuánto más en su espíritu; rebelde sumiso perseguido por la gran aventura que había emprendido con Teresa... De aquellos momentos críticos nacieron las primeras estrofas de **Cántico**. Parece sorprendente y providencial que todo aquello coincidiera con una etapa misteriosa de profunda tribulación interior⁽¹²⁾. El grano de trigo estaba rompiéndose en la entraña oscura de la prisión. El rebelde sumiso decidió escapar, pues no lo liberaron, y en su alma de poeta quedaría para siempre la impronta de aquella fuga, estilizada en los versos de **Noche**:

*“salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada”.*

El sosiego al que alude el poeta ¿será los carceleros dormidos, o más bien la paz de un espíritu probado y purificado en la honda experiencia de ausencia, concomitante a la experiencia física de la prisión?

“Y esta salida dice ella aquí que pudo hacer con la fuerza y calor que para ello le dió el amor de su Esposo en la dicha contemplación oscura”⁽¹³⁾.

(11) *Noche* 2; 5,7 y 6,3.

(12) P. CRISOGONO, *Vida...*

(13) *Noche* 1; 1, 1.

Siguiendo con la metáfora de la noche vemos que en la **salida** hay un cierto fervor o inflamación de amor... Pero la aventura no hace más que empezar. Después del primer impulso el caminar nocturno se hace pesado y difícil, los caminos trazados se desdibujan, no olvidemos que la **noche** es la **fe** misma. Las dudas y las preguntas empiezan a inquietar al que emprendió gozoso el camino; siempre los hay que quieren volver atrás

“no tanto por las sequedades que padecen como por el recelo que tienen de que van perdidos en el camino, pensando que se les ha acabado el bien espiritual y que los ha dejado Dios (...) son semejantes al que deja lo hecho para volverlo a hacer, o al que se sale de la ciudad para volver a entrar en ella”⁽¹⁴⁾.

Rodeos, resistencias, miedos, falta de confianza acosan nuestra fe al sentir la mano poderosa y tremenda de Dios planeando sobre nuestras vidas. Llegando al límite de nuestras fuerzas y buena voluntad, pensamos que Dios nos falta, cuando en realidad nos faltamos a nosotros mismos. Nos miramos en El como en un espejo de perfección, y si el espejo se quiebra, lo cual sucede inevitablemente, Dios era un espejismo o creemos que nos ha abandonado. Juan de la Cruz describe magistralmente esta mistificación del alma virtuosa y le propone despojarse de la virtud para ir más lejos. Es Dios mismo quien está oscureciendo con su sombra potente de gloria tanto desvelo, y así a veces en estas oscuridades *“comienza luego sentirse algún ansia de Dios..., sin saber el alma por donde va se ve aniquilada acerca de todas las cosas de arriba y de abajo que solía gustar, y sólo se ve enamorada sin saber cómo”*⁽¹⁵⁾.

De la prueba va a sacar el alma conocimiento de sí, de su pobreza y miseria, lo cual no se hace sin gran angustia. Recordemos a Job, que el mismo Juan de la Cruz cita, desnudo en el muladar. También saca conocimiento de Dios, pero el conocimiento de Dios abruma: nadie puede ver a Dios sin morir; el místico lo sabe y, sin embargo, osa enamorado la visión y la muerte. Desde esa lucidez también se tornará manso y humilde para el prójimo...

El segundo libro de **Noche** describe un sufrimiento inaudito, que quizá sólo podamos comprender por analogía, o tal vez mejor haciéndonos eco del dolor y la angustia mudos, silenciosos en el corazón de los más pobres, de los vencidos, de los que mueren en la violencia o por la justicia, de los inocentes y desheredados de la tierra. En este libro Juan de la Cruz expone una situación en la que el alma parece hallarse sumida en una miseria y culpa más que perso-

(14) *Noche* 1; 10, 1.

(15) *Noche* 1; 11, 1.

nal, como si toda la potencia del mundo desgarrado por el mal pesara sobre ella. Seguramente sólo el místico o el santo, profundamente imbuídos de la luz divina, son capaces de asumir esta carga, entrando así voluntaria y amorosamente a participar en la Cruz de Cristo.

Creo que no se puede entender de otro modo la alusión al salmo: “*Cercáronme los gemidos de la muerte, los dolores del infierno me rodearon, en mi tribulación clamé*”, ...de lo que está doliente el alma aquí y lo que más siente es parecerle claro que Dios la ha desechado y, aborreciéndola, arrojado en las tinieblas... y más que le parece que ya es para siempre. ⁽¹⁶⁾.

Estas quejas pueden parecer escandalosas en boca de un cristiano. ¿Y la esperanza? Clamores así nos hacen pensar inevitablemente en las palabras de Jesús en la cruz: “*Dios mío, Dios mío ¿Porqué me has abandonado?*”. Pero ¿no es acaso en este momento de supremo abandono de Jesús cuando la esperanza y la salvación entran hermanadas en el mundo? En este grito Jesús pone ante el Padre el dolor indecible y mudo de todos, el más oscuro, el más cruel sin sentido, el abandono del inocente que sufre. Así en la suprema soledad y desamparo de la **noche** más oscura me parece sentir una participación en la obra de la redención... Ahí el místico sufre también la angustia y el dolor transpersonal de un mundo herido de ausencia.

SENTIDO, ESPERANZA

“Como el que tienen aprisionado en una oscura mazmorra atado de pies y manos sin poderse mover ni ver, ni sentir algún favor ni de arriba ni de abajo, hasta que aquí se humille, ablande y purifique el espíritu y se ponga tan sutil y sencillo y delgado que pueda hacerse uno con el espíritu de Dios” ⁽¹⁷⁾.

Hay que haber descendido a los infiernos, para que el canto sea más puro, y haber tocado el fondo de la miseria para impulsar alto el vuelo. El fuego oscuro de la **noche** devora con su abrazo poderoso, pero es para quemar todo lastre e iluminar y hermohear más adentro. La mano grave y pesada de Dios se ha posado en el corazón del místico, para curar o herir de otro modo sublime: se trata de la inflamación de amor de **Cántico**. En una lectura seguida, cuando llegamos a lo más dramático de la **noche**, a lo más desesperado, el ritmo del lenguaje cambia y se torna a hablar de amor:

(16) *Noche* 2; 6, 2.

(17) *Noche* 2; 7, 3.

“Porque esta es una inflamación de amor en el espíritu, en que en medio de estos oscuros aprietos se siente estar herida el alma viva y agudamente en fuerte amor divino en cierto sentimiento y barrunto de Dios” ⁽¹⁸⁾.

La oscura contemplación de la aventura nocturna infunde en el alma mucho amor y sabiduría. De la angustia y el abandono despierta a la vehemencia de un amor apasionado y fecundo:

“...las obras grandes por el Amado tiene por pequeñas, las muchas por pocas, el tiempo en que le sirve por corto, por el incendio de amor que ya va ardiendo” ⁽¹⁹⁾.

Hemos tratado hasta aquí del **sentir de ausencia**, primero como ansia de amor que impulsa el vuelo de **Cántico**, después sondeando la angustia nocturna, para volver luego al núcleo de donde ambas emergen como dos dimensiones de un mismo proceso en el tiempo humano vivido por el místico; así desembocamos de nuevo en el ansia de amor, que aparece en las últimas páginas de **Noche**, como impulso, otra vez de subida o ascensión.

Recordemos que había una salida —sacándola Dios— que era la arrancada del alma en pos de una ausencia presentida de alguien que ha estado y pasa dejando su huella. También decíamos que el movimiento era fundamental en la obra de Juan de la Cruz para expresar el proceso de transformación mística. Este movimiento tiene en general una orientación ascendente: como **subida** expresa la torpeza y la lentitud, el esfuerzo y la resistencia, el obstáculo de la pesantez del alma en relación a la ligereza del Amado; como **vuelo** expresa ya el aspecto más sublime y raudo del amor, la presteza de un alma purificada...

Es la presteza que se insinúa en las últimas páginas de **Noche**, bajo la metáfora de la escala de los grados del amor. El fervor y la impaciencia crecen hasta que en el sexto grado

*“hace correr al alma ligeramente a Dios y dar muchos toques en él y sin desfallecer corre por la **esperanza**; que aquí el amor que la ha fortificado la hace volar ligero”* ⁽²⁰⁾.

(18) *Noche* 2, 11, 1.

(19) *Noche* 2; 19, 3.

(20) *Noche* 2; 20, 1.

Si el sentir de ausencia era ansia o angustia, el sentido de la misma es la **esperanza**. La esperanza silenciosa a lo largo de la purificación nocturna, pues podría confundirse con los propios proyectos o ilusiones de futuro, se recupera ahora en toda su pureza, la imaginación ya libre de las cadenas que la oprimen con el peso de recuerdos más o menos inconscientes. En la **noche** todo rastro o huella de la memoria que pudiera volverse sobre sí, más allá del olvido voluntario, quedan borrados. El despojamiento es un paso previo para el renacer del “hombre nuevo” re-creado en la **esperanza teologal**. Es como otra cara de la fe pura y desnuda que persigue la purificación nocturna.

El poeta acude para expresarlo mejor a la metáfora del disfraz, que cubre al alma y la ampara de cualquier mixtificación:

“Sin esa librea verde de sola esperanza de Dios no le convenía al alma salir a esta pretensión de amor, por cuanto la que mueve y vence es la esperanza porfiada”⁽²¹⁾.

¿Cómo, sin esperanza, hubiera osado el propio Juan fugarse de la cárcel en la noche toledana? De hecho había creído morir allí, el impulso de un amor sufrido y de una fe probada le llevaba por sí solo a la muerte, pero la esperanza le devuelve al mundo humano de la espera, de la paciencia, de la dilación...⁽²²⁾

Desde esta ladera, el tiempo de la esperanza es también el tiempo en que germina la palabra, en que se hace posible el canto, en que el lenguaje mismo es manifestación de esa herida siempre abierta:

“porque donde hiere el amor allí está el gemido de la herida clamando siempre en el sentimiento de la ausencia”⁽²³⁾.

María del Sagrario Rollán Rollán

(21) *Noche 2*; 21, 8.

(22) P. CRISOGONO, *Vida...*

(23) *Cántico 1*, 14.